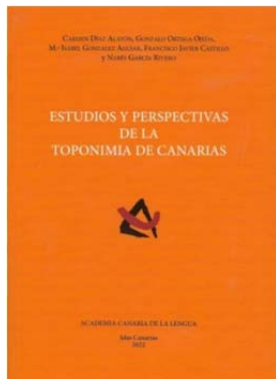


TOPONIMIA CANARIA LA INDÓMITA PRESENCIA GUANCHE



Carmen Díaz Alayón, Gonzalo Ortega Ojeda,
M.ª Isabel González Aguiar, Francisco Javier Castillo
y Narés García Rivero. *Estudios y perspectivas
de la toponimia de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife:
Academia Canaria de la Lengua, 2022.

A finales del siglo XV los mercenarios y sanguinarios Alonso Fernández de Lugo, Juan Rejón y Pedro de Vera, entre otros, completaron la invasión de unas islas—que se encuentran a cerca de 2000 km de la metrópolis—con el permiso de los reyes de las coronas de Castilla y Aragón, Fernando e Isabel, e iniciaron así la expansión colonialista de estos. Como iletrados, no sabían lo que significaban las islas Canarias en el ámbito mitológico o histórico—recuérdese que se relacionaban con el Jardín de las Hespérides de la mitología griega, con la Atlántida de Platón, Plinio las denominó las Afortunadas, y que aparecen relacionadas en algunos textos de Hesíodo, Apolodoro o Eurípides. Eran gentes diversas de la península ibérica que aniquilaron y esclavizaron progresivamente a comunidades enteras de aborígenes que vivían en su Arcadia particular. Fueron tan sangrientos esos episodios que motivaron la casi total exterminación de estas personas y la desaparición incluso de la lengua aborigen, generalmente denominada guanche. A lo largo de siglos, muchos canarios han idealizado a esos seres humanos que sufrieron el terror y la muerte y también a aquella realidad lingüística de la que no queda una documentación exhaustiva y definitiva sobre su origen o en qué tipo de cultura se producía y qué modos sociales propiciaba. Este desconocimiento ha provocado una visión romántica sobre ese pueblo preuropeo, acompañado de una combinación de magia y horror en el subconsciente de muchos canarios, que sigue incluso hoy día. Sin embargo, y a pesar de ello, ha prevalecido uno de los vestigios más evidentes que desvelan parcelas de la práctica cultural y lingüística de aquellos antiguos habitantes de esas islas: la toponimia. Y, cómo no, esta señala a veces recuerdos de esa tragedia, como, por ejemplo, el de un pueblo de la isla de Tenerife llamado La Matanza de Acentejo.

Este libro de multiautoría que presentamos aquí, *Estudios y perspectivas de la toponimia de Canarias*, destila la amplia historia y atmósfera cultural de nombres de lugares de Canarias que transmiten eventos varios y muchas veces vinculados al medio natural. Con una edición muy cuidada e impecablemente presentada, bajo la atenta supervisión de Carmen Díaz Alayón, cinco especialistas han escrito 14 ensayos con diversas metodologías

sustentadas en una amplia bibliografía—dividida en referencias toponímicas y lingüísticas y referencias documentales e históricas—donde sobresalen por su cantidad de referencias citadas los investigadores Juan Álvarez Delgado, Carmen Díaz Alayón, Gonzalo Ortega Ojeda y Agustín Pallarés Padilla. Dentro de este aspecto bibliográfico, se debe subrayar el énfasis en deslindar tantas fuentes diversas, como hacen de manera ilustrativa y bien clasificada Ortega Ojeda y Díaz Alayón, quienes presentan una amplia cantidad de textos clasificados según la dispersión geográfica—general, por islas, por municipios y zonas—estudios analíticos, temáticos o puntuales, y que se torna de gran utilidad para aquellos interesados en iniciarse o seguir profundizando en este campo de estudio (cf. 25-54).

En esta monografía se aprecia de manera recurrente cómo la naturaleza lingüística de muchas unidades de la toponimia canaria en general, que Carmen Díaz Alayón y Francisco Javier Castillo definen como “fósiles lingüísticos” o “verdaderas reliquias filológicas” (73), están en el corazón de la misma lengua que practicaban los aborígenes canarios. Su análisis de numerosas formas y aspectos léxicos de esa lengua preeuropea muestra, como no podía ser menos, una toponimia relacionada con “la realidad física” (77)—puede ser también antroponímica (la leyenda de Mayantigo es singular), fitonímica o hidronímica—y a la que se han acercado numerosos investigadores conectándola con otras culturas y lenguas. Ortega Ojeda y Díaz Alayón observan que ya existía interés por las denominaciones guanches de las geografías insulares de Canarias en los siglos XV y XVI. Por ejemplo, el español Juan de Abreu Galindo “se siente muy atraído por los topónimos prehispánicos, proporcionando la etimología y el significado de algunas formas, como vemos en ““Taburiente” ‘llano’, “Tedote” ‘monte’, “Tacande” ‘tierra quemada’, “Acero” ‘lugar fuerte’, “Adeyhamen” ‘debajo del agua’, “Ajerjo” ‘chorro de agua’ y “Ayatimasquaya” ‘bajo los riscos”’ (17). Una dificultad que enfatiza Díaz Alayón es la pluralidad lingüística dentro de los propios aborígenes—apoyándose en el portugués Gaspar Frutuoso (99)—y que supone otro escollo para los estudiosos que vienen de otras lenguas desde el siglo XIX hasta el XXI—George Glas, John Abercromby, Georges Marcy o Dominik Josef Wölfel—y a los que se han unido canarios como Juan Bethencourt Alfonso, José Pérez Vidal, Carmen Díaz Alayón y Gonzalo Ortega Ojeda o la utilidad del Servicio Cartográfico del Ejército español hasta llegar a la consolidación de esta rama de la lingüística en Canarias con el *Corpus Toponymicum Canariense* (1972) de Manuel Alvar (cf. 19-20).

La oleada de referencias interpretativas para el origen de topónimos preeuropeos la aborda Díaz Alayón de manera ilustrativa. Menciona diversas posibilidades para conectar la lengua de los guanches con el bereber, el libio y el egipcio, pero no se olvida de las múltiples posibilidades que se han teorizado a lo largo de siglos sobre su conexión con el ario, con su naturaleza celtíbera, su procedencia cananea, también de su posible extracción germánica, su origen arábigo, el parentesco con el vascuence y llegándose hasta el extremo de asociar dicha lengua con las precolombinas (cf. 58-59). En la introducción a este volumen ya se avisa de que “Queda mucho por hacer (16), ya que la toponimia “pertenece a lo que se ha dado en llamar el patrimonio intangible de los pueblos” (Ortega Ojeda y Díaz Alayón 220) y está relacionada con la historia, la geografía, o la botánica. Sin olvidar que para la lingüística especialmente, otro campo interesante es la toponomástica que “supone el acceso a una serie

de nombres que representan un interés innegable para la historia de la lengua, en general, y del dialecto, en particular” (220-221). Igualmente, este mismo capítulo inserta una sección dedicada a las fuentes para el estudio de la toponimia que es de sumo interés para hacer visible las herramientas utilizadas en la metodología a la hora de analizar la toponimia: la investigación de campo, las fuentes escritas, otras fuentes complementarias, la clasificación de los topónimos según su referencia léxica y el origen prehispánico y románico de la toponimia canaria. Este capítulo también tiene cabida para sugerir algunos motivos para el decreciente uso de los mismos: 1) alejamiento de la agricultura y ganadería, 2) carreteras y uso del vehículo que han suplido caminos y veredas identificables antes con ellos y 3) la continua urbanización de lugares y el turismo. Aún así, terminan con cierto optimismo por la alianza de la Academia Canaria de la Lengua y Grafcán para plasmar extensamente la toponimia de todas las islas (cf. Ortega Ojeda y Díaz Alayón 234-235).

Entre las propuestas que este volumen presenta, me gustaría resaltar la necesidad de elaborar un diccionario de la toponimia canaria, que ayudaría a esclarecer su origen, comparando topónimos de las islas con aquellos que se den también en otros lugares románicos, ya que serviría como fuente para los próximos estudios centrados en esta especialidad, proporcionando “información sobre la voces toponímicas de circunscripción dialectal” y “Determinar si la información geolingüística que hay en los diccionarios de canarismos queda o no confirmada” (cf. Ortega, Alayón, Díaz Alayón y González Aguiar (272-273). De igual modo, la defensa de una relación estrecha entre la lexicografía y la toponimia la defienden Ortega Ojeda, González Aguiar y García Rivero, para que exista una conjunción “entre la lexicografía regional positiva y los ‘corpora’ de toponimia existentes para la zona concernida” (279).

Con este análisis del uso y permanencia de los topónimos en Canarias, estos lingüistas demuestran la evolución y adaptación de la lengua a diversas épocas e influencias culturales llegadas desde países extranjeros. Queda mucho por explorar, pero con este volumen de ensayos se hace evidente que también conocemos muchas claves de la realidad de las islas a través del lenguaje. Por ejemplo, los topónimos ofrecen información sobre botánica, leyendas y mitos, geografías isleñas, historia de la región, sobre la invasión y colonización que sufrieron los isleños, sobre los múltiples idiomas que han influido en ellos, también algo de la cultura preeuropea que se ha perdido casi en su totalidad y de las narrativas particulares en cada isla. Sí, los topónimos canarios son un testimonio más de ese tesoro que es la lengua que se desarrolla día a día y que constituye la identidad de una comunidad.

Obviamente, la naturaleza de la lengua está mediatizada por numerosas contingencias que pueden ser especulativas e interpretables. Por ese motivo, los autores de este libro claman por una regularización que facilite la comprensión del lenguaje. Así que, para sostener una estructura con respecto a la lengua, hay que celebrar que la Academia Canaria de la Lengua haya reclutado a ilustres estudiosos del léxico—me vienen a la memoria los nombres de José Juan Batista, Carmen Díaz Alayón, Antonio Lorenzo, Marcial Morera, Gonzalo Ortega o Ramón Trujillo. Al mismo tiempo, ha publicado libros como este que comentamos aquí, revistas, diccionarios y espacios de difusión en su web, ha elaborado una

mediateca y ha organizado encuentros y actividades relacionados con el español de Canarias. Todo ello es una prueba de que los integrantes de esta institución han enfilado una senda fructífera para hacer presente y valorar el modo de hablar, escribir y entender la realidad mediante la variante del español que se practica en las islas Canarias. Es una tarea inapreciable.

Manuel Brito